UN ARTICULO DE JAÉN

La Sección de Español de la Universidad de California tuvo la fortuna de disfrutar durante casi dos años de la cooperación diaria de Ramón Jaén, cooperación admirable, porque en todo detalle y en todo momento se revelaban la alta inteligencia, la fina sensibilidad, el cordial entusiasmo que eran el patrimonio de aquel espíritu selecto. La desaparición del querido compañero, en plena juventud arrebatado, fué para todos una pérdida irreparable.

Quisiéramos, como homenaje de devoción a su memoria inolvidable, y desempeñando angustiados una deuda de fraternal compañerismo, actuar como sus cumplidores literarios.

Por desgracia esto no es posible. La labor de Ramón Jaén está, lamentablemente, casi en su totalidad perdida. Notas y papeletas a las cuales él iba a infundir vida, yacen inútiles. De entre su obra fragmentaria recogemos este ensayo, aunque le faltan los últimos retoques que la publicación requeriría. Pero de todos modos, nos ha parecido un deber de amistad.

Hay entre sus papeles un apunte que deja una profunda sensación de amargura. Reza así:

Ensayos y estudios por escribir—

I. La novela nacional.
II. La novela regional.
III. El problema religioso en la novela española del siglo XIX.
IV. Influencia de Galdós en los Quintero. Ensayo.
V. Los toros de la novela moderna.
VI. Guía sentimental de España. Castilla.
VII. Olalla de Stevenson; su color local. Ensayo.
VIII. Jack London; un novelista americano.
IX. V. Blasco Ibáñez. Ensayo.
X. El paisaje en Blasco Ibáñez.
XI. La literatura española en el siglo XX: I. España y los españoles. II. La novela. III. El teatro. IV. La poesía. V. Ensayistas. Conferencias.
XII. Angel Guerra, Fernando Ossorio, Luna y Doña Martirio.
XIII. Los costumbristas.

Estos eran sus proyectos de trabajo, tales eran las dádivas que su exquisito espíritu iba a ofrecernos. Mucho podía esperarse de él y ya pruebas patentes de sus méritos excepcionales nos había dado con sus primeros y sazonados frutos.

Sus cualidades eran de eminente valer y no frecuentemente aliadas: un alma sensitiva y apreciadora del matiz delicado, unida a unas dotes de trabajador infatigable; lector asiduo, pero al cual los libros no habían secado su primigenia inspiración creadora y emoción de artista; mesura exterior y pasional fuerza subyacente: he aquí los caracteres que habían de sobresalir en su obra, como resplandecían en su trato, trato encantador que recordarán siempre los que le han conocido y adoloridos lloran su muerte, deplorable acontecimiento que nos lo robó en el momento en que esculpía su nombre con brillo indeleble en los fastos de la crítica hispánica.

ESBOZO PRELIMINAR SOBRE "OLALLA"

POR RAMÓN JAÉN

Sin contar los eruditos y gustosos de la lectura, a Stevenson se le conoce y celebra por sus obras de ficción: mas sobre ellas está una parte que sin duda es la más valiosa de toda su pluma. Esta es los ensayos. Lo que yo digo no es nuevo: creo haberlo leído, y, si no, me parece tan axiomático que a cualquiera que lea la obra total del autor, se le ocurriría también. En sus novelas y cuentos está el escritor, si se nos permite hablar en términos absolutos; en sus ensayos está el hombre: aquella alma delicada y fuerte, puesta en un pobre cuerpo, sabía desprenderse de él para amarlo todo a su alrededor. Nos lo dicen sus ensayos con tal sinceridad, con tal emoción, que no podemos menos de creerle y admirar al vencedor del mal, y al trabajador sin salud. No en balde nos dice lacónicamente que uno de los libros que más han influído en él es *Las Meditaciones* de Marco Aurelio, este libro de la noble olvidanza de uno mismo y de la delicada ternura hacia los otros. Por eso nos sorprende entre sus obras una de ellas, modesta en los límites, pero alta en la concepción, y, sin embargo, poco estudiada. Me refiero al cuento titulado "Olalla," un cuento que pasa en España y cuyos personajes, excepto uno, son españoles. Esta novela corta parece el esbozo para una gran obra que hubiera malogrado la imposibilidad de Stevenson de visitar a España. ¿Por qué él la planeó? Perdida la esperanza (1885) arregló sus notas y escribió su *short story*.

El extranjero que lea esta novelita la confundirá fácilmente con las otras de Stevenson; aunque hay en ella, claro es, una personalidad distinta; al español que la lea, sin embargo, le sorprenderán dos cosas: el paisaje y el sentir de una mujer española—y a pesar de no habérsele logrado el viaje a España—ambas cosas sentidas con fuerza y hondamente. Lo primero que sorprende es que, dispuesto como estaba a escribir de España, no le atrae esa España legendaria y romántica, de la que todos hablan sin conocerla, y tan propicia además a esas aventuras que son características de la pluma de Stevenson; va a buscar a ella un problema que yace en el país, pero que no es común conocerlo y expresarlo sobriamente, sin ese color local que a tantos han prestado Mérimée y Gauthier. Eso ya es un mérito en Stevenson. ¿A través de quién ha visto Stevenson a España? Eso es lo que yo he buscado. No he tratado, ni ése es mi gusto, de historiar antecedentes para poner las cosas claras; pero me ha pre-

ocupado esa noble excepción de Stevenson con España y me propuse en este ensayo dar a conocer la obra a España.

La época. Según los críticos, Stevenson escribió "Olalla" en 1885 y lo que salta a la vista es que la época en que tiene lugar la escena no es la en que fué escrita: no podía serlo al menos dentro de los cánones que su personalidad imponía al arte de Stevenson. No podía responder a su sentido del realismo escribiendo de un país que no había pisado. Llevada la escena a un tiempo remoto aparecía una verdad de ambiente histórico con mayores e indispensables exigencias.

La época, pues, será una época pasada próxima, conocida en toda Europa y fácilmente asequible al lector, siquiera por intuición, porque aun sus hechos no han pasado del todo o viven en sus efectos, al menos. El ferrocarril no ha entrado en España todavía, parece entreverse; estamos pues hacia 1840. "The country at that time was in so much disorder," no parece decir mucho esto en el siglo XIX español, que lo hemos pasado en guerras; pero esta afirmación categórica, por lo menos, no habla de un período de paz interior. Suponemos que se trata de las guerras carlistas hacia 1833–39 y lo suponemos porque se habla de la *buena causa.* Dos veces lo dice Stevenson: en la primera, como para facilitar el logro de sus deseos, le habla a un padre de un oficial "herido por la buena causa," y más tarde cuando este oficial, que es quien relata su aventura, se presenta él mismo al padre, piensa "En su continente era fuerte y honrado, en el cual era fácil notar al momento la lucha de emociones con que me contemplaba como extranjero, hereje, y aún más como uno que había sido herido por la buena causa." Parece claro que este hombre ha peleado en las huestes carlistas. No hay más datos para el tiempo. Es en los últimos tiempos que han luchado oficiales ingleses por una y otra causa en España. Además ese oficial no vivía aquí, sino que estaba solo; no conocía nada; "you are ignorant of Spain" le dice el médico. ¿Cuál es el motivo de esta bélica aventura? El negocio, porque es un comandante. ¿Acaso los carlistas pagaron oficiales extranjeros para dirigir sus tropas?

El paisaje. ¿Dónde vivió este hombre? No lo dice, no menciona la ciudad; pero a pesar de su silencio y los pocos y sobrios detalles se puede tener por una ciudad castellana. "Habíamos avanzado algunas millas y la ciudad se había ya confundido en el inconsiderable alcor sobre la llanura detrás de nosotros . . ." ¿Hay nada más característicamente castellano? el llano, una colina

y en la cumbre avizorando la ciudad. Y la ciudad al parecer está murada: "salimos de la ciudad por la puerta del Este." ¿Segovia, Ávila, Toledo? Claro que no buscamos la precisión de detalle ni queremos identificar un lugar que sin duda es imaginario; —quizá no —pero hay que señalar esa honradez de trabajo, que así llamaríamos, porque lo indudable es que esta historia no la ha dejado Stevenson a la imaginación, y si lo hizo, ésta ha coincidido continuamente con la verdad, lo cual no es probable, ni mucho menos.

A través de toda la obra del escocés resalta un deleite por la naturaleza, por el aire libre. En ello hay gusto estético, preferencias bien sentidas, pero no poca parte sentimental debida a gratitud. Su pobre vida enferma, desde la cuna amenazada de muerte, sólo tenía alivio en el campo, en él sus pobres pulmones se ensanchaban un poco; de ahí ese delirio por la campiña y ese maravilloso canto a las llanuras peladas. Al aire libre y a los caminos le debe Inglaterra este gran hombre. Pues bien, España no le es indiferente como paisaje y lo pinta rotundo, a brochados, con un estilo limpio, preciso, sin retóricas. Veamos como llega a él: . . . "if you are at all a lover of the works of nature, I promise you will not be disappointed," pero Stevenson, después de esta afirmación, no va a describir un país falsamente creído tropical, con palmeras y naranjos y un clima tórrido, que abunda en toda clase de vegetaciones. No, va a decir la verdad de un lugar de España, nosotros creemos que el centro. Clara que no se le pueden exigir precisiones. Él ha oído, o ha leído, y alguna vez ha trastrocado los términos: "the country through which we went was wild and rocky, partially covered with rough woods, now of the cork tree and now of the great Spanish chestnut, and frequently intersected by the beds of mountain torrents."

Si nosotros nos viéramos obligados a identificar el trozo de España que puede corresponder a estas breves líneas, no vacilaríamos en colocarlo en las extremas estribaciones occidentales de la sierra de Gredos, hacia la región de La Vera; allí hemos visto esa abundancia de aguas, tal aspereza y rocosidad y vivir juntos castaños y alcor noques. Pero tal precisión es absurda, sólo con ella se pretende demostrar como responde a una realidad, porque allí están también los llanos del valle del Tietar, dilatados, anchos y pelados, entre la sierra de Guadalupe y Yuste. Como asimismo en los llanos de la Alcarria, rematados por la sierra de Cuenca, encontramos a cada instante, sobre las colinas, esas viejas casonas, resto de un castillo o

convento, que han ido las edades, según eran menos necesarios a sus fines originarios, convirtiendo en vivienda.

Ello, volvemos a repetir, no quiere establecer una identidad, sino una equivalencia: "leguas de desierta montaña, en la mayor parte, donde no podría vivir ni una cabra," "se podía allí estudiar el más brioso y antiguo de los caracteres de la naturaleza en algo de su pristina fuerza," al mismo tiempo que sus sentimientos cambió el aspecto del "austero fondo de montañas, que así cantaba y brillaba bajo la majestad del cielo"; que lo más extraño de sus descripciones es la seguridad con que están trazadas. ¿Puede haber nada más preciso en la sobriedad de esos renglones?

Estas son las notas que hemos podido entresacar del paisaje español en "Olalla." Identificarlo no es posible, pero no se puede negar el conocimiento del mismo. Da impresión de que España es país montañoso, nada más cierto en la realidad ,pero no como nota absoluta, pues contrastando con la montaña asoma la llanura; nada tan cierto como las mesetas alcarreñas y castellanas y los llanos manchegos. Y las notas que al paisaje montañoso les da son las de brío, y los árboles, castaños, y alcornoques, añaden a ese brío la austeridad. Excepciones tiene España, por ser un país tan variado, pero no puede negarse que su carácter está en el contraste y son verdaderas todas esas notas escritas desde Bournemouth donde tiene ante los ojos una cosa bien distinta. Veremos después como otros países han podido influirle (California).

Los personajes. El conjunto de ellos nos conduce a pensar en esa misma época y en parte es lo menos convincente; digo eso porque es lo que en general les ha chocado a los viajeros de entonces: un cura, un oficial inglés herido (Fernán Caballero en *La Gaviota* tiene casi los mismos), un contrabandista o arriero, y luego la madre y hermano de Olalla, dos tipos que son en absoluto creación de Stevenson, dos seres que él ha creado para apoyar sus ideas y los cuales tienen la filiación exacta del novelista. Todas estas personas pueden estar en dos grupos perfectamente definidos: en uno, el comandante, el doctor, el padre, Felipe y su madre; en el otro Olalla.

Los del primero son personajes secundarios, quiero decir que intervienen sin tener un carácter propio definido, la vida pasa por ellos sin resistencia, sin encontrar las luchas o las oposiciones de una crítica; en su alma se acepta lo que viene sin esfuerzos. Cualquiera de estos personajes puede ser de cualquier país, porque no son de ninguno, pertenecen a ese montón anónimo sin carácter; pero ya no

en los otros. Hay, por ejemplo, uno, "un magro campesino envuelto en su capa" que le cuenta una historia de superstición y miedo acerca de la casa en la lejanía, una de esas casas tan frecuentes en España en las que la imaginación popular vive años y años agarrada a una leyenda.

La otra es Olalla, una figura tierna, delicada, distinguida, que tiene todos los encantos naturales sin exageración. Quizá Stevenson ha puesto en ella, a veces, algún rasgo de apasionamiento que la mujer española sabe mejor contener que expresar, pero ello no es un defecto, le da más color al tipo y en la sobriedad en que está dibujado lo afirma mejor; esa expresión de lo supuesto es siempre un acierto en la novela corta, donde el autor tiene tan menguado campo para desenvolver sus tipos; habría parecido Olalla inacabada sin su arrebato. En otra obra de mayores dimensiones el supuesto estaría implícito, aquí había que realizarlo, por eso no tenemos por defecto lo que es falta de verdad. Claro que en Stevenson no responde a ello, sino a creencia en lo que pinta. En fin de cuentas, ha sido una feliz coincidencia.

Por tanto, tenemos que limitarnos a Olalla para buscar lo español. En los demás no está, pero esa ausencia es laudable, no por negativa sino por positiva. De libros de la época se pueden contar por docenas tipos que con la pretensión de ser españoles son contrafiguras; no en Stevenson. Los demás, la mayoría, han estado en España, él no. ¿De dónde le puede venir ese aprisionamiento de tres cosas principales que se notan en su obra—paisaje, ambiente, carácter?

La atmósfera social de esta obra es nula. Así ha evitado el autor un obstáculo a su cuento; por eso creemos que con la añaduría de ella y darle a los personajes la amplitud que piden, se habría escrito una obra hermosa y profundamente española. Sin embargo el proverbial orgullo español tiene aquí el papel principal. Parece como si aquella decadencia española, tan significada a mediados del siglo diez y ocho, quisiera ahora mostrarse culminada en una familia de nobles, la de Olalla. La idea no es nueva, ni en la vida ni en la novela española. Galdós, Palacio Valdés, Pardo Bazán, lo ratificarán; más modernamente Antonio de Hoyos presentará a esa sociedad española. Como dice Stevenson "The mother was the last representative of a princely stock, degenerate both in parts and in fortune."

En resumidas cuentas, es ésta una de esas familias tan comunes en la provincia española, que le ha llegado el fin; que la vemos vivir

en aquella misma casa blasonada, con esplendores que recuerdan los viejos, donde las miserias económicas y fisiológicas viven amparadas por el viejo prestigio del nombre apuntalado con orgullo. Sí, viven todos, padres e hijos, pero se tiene la clara conciencia de que al faltar uno de ellos se disolverá la cohesión y será rápida la desaparición, viniendo todo a ser parte del pueblo. Dijérase que de la abstracta y diversa individualidad de cada uno se ha engendrado una fuerza de cohesión, que hace vivir apretado aun lo contradictorio. Así nos explicamos viendo a aquellos tres seres tan distintos, en todo unidos por una sustancia, que es como el soplo de la antigua grandeza que no se ha extinguido del todo, ella, que por un capricho fisiológico sigue en una persona, mantiene por sí alto todo el renombre de la familia, "drawing away, on either hand, from the rich who had now become too high for them, and from the poor, whom they still regarded as too low." No se puede generalizar mejor del orgullo aristocrático español. Así se ha pintado en nuestra novela picaresca, en tal sentido está escrito en *José* de Palacio Valdés lo mejor de su novela. Ese humilde retiro orgulloso, en donde se ocultan todas las miserias, resignadamente, está bien visto en Stevenson; yo he visto lo mismo en las provincias españolas. Quizá ha quitado poesía y no ha añadido realidad ese mórbido caso de la madre; es lo que no se entiende bien, porque ello parece un recurso y pudo ser una cosa natural, pero está dentro de su manera y basta. En la novela experimental naturalista, habría sido éste de la madre un tipo de estudio, aquí es innecesario y aun no cabe dentro de los límites de la novela corta.

Las ideas. Sustancialmente cada uno de los países de Europa tiene en cada alma humana una representación que tiende a ser una equivalencia imaginaria. Tiende, pero en tal tendencia hay una serie de gradaciones en la que no es de poca influencia el individuo. Un proceso al que concurren mil factores engendra esta representación, porque las razas están también más o menos predispuestas a sentir a unos pueblos que a otros. Es indiscutible que de las ideas que pueblos extraños tienen de los españoles la más aproximada a la verdad es la de los norteamericanos. Ellos nos han entendido mejor que nadie. Y eso no puede acharcarse a propósito en ellos sino a predisposición de carácter. Los ingleses cuando han olvidado prejuicios también han tenido éxito. Los franceses han ido a España a divertirse, no a entenderla, lo cual está bien si no hubiéramos sido los españoles objeto hasta de los más modestos ingenios.

Pero con todo, de los libros de viajeros por España, aparte el carácter individual, se puede sacar una categoría, la del espíritu religioso. Catolicismo, superstición, intransigencia religiosa, fanatismo. Cada cual le ha dado el nombre que le ha parecido, para lo que ha proyectado sus propias creencias. Lo indiscutible es que España es un pueblo creyente con cierta falta de crítica en tales materias y que al propio tiempo aplica a su ortodoxia, de una gran rigidez, sólo en apariencia, una libertad sin límites. Esto que parece una paradoja se ve todos los días, lo difícil es saberlo o poderlo apreciar. Y ese sentimiento religioso es, sin duda alguna, el que nos ha movido en muchas épocas de nuestra historia a empresas que fueron fecundas. El sentimiento religioso es fuerte, arraigado, pero de múltiples formas en mi país. Eso puede servir de indulgencia a quienes no han sabido entenderlo. Ese sentimiento ha hecho a España, dicen muchos, no diría yo tanto, pero no me atrevería a negarlo. La razón en religión está excluida en España, es sólo materia de sentimiento. He ahí por qué somos místicos, por qué nos sobra el sentimiento y creemos haber hallado en la religión el lugar más digno de él. No es, pues, cuestión de discutirlo; integra la vida española y eso es todo.

Ahora bien, que sus manifestaciones en un pueblo como el nuestro, poco especulativo en materia intelectual y dado a un practicismo, que es la forma más cómoda de servir la individualidad, son otro culto, en donde encuentra esa individualidad la superación y se somete con gusto, consagrándola el más grande sacrificio, el renunciamiento de la propia personalidad: resignación, sobriedad, austeridad, humildad, obediencia son virtudes no difíciles de hallar en España. Y esta norma de costumbres no viene como algo enseñado, no es una práctica aprendida, dimana directamente de la creencia universal en muchos casos subconscientes, una virtud, claro es, que vive gracias a la fuerza histórica adquirida.

Ese detalle tan nimio, al parecer, y tan difícil de ser cogido es el valor primordial, lo más alto que tiene la novelita de R. L. Stevenson. Toda la obra concurre a su punto. Si el autor ha laborado conscientemente ha logrado su éxito; si no, esa inconsciencia le ha llevado ciegamente a él. "I had divined in her a pious and heroic spirit." Esa piedad y heroísmo estaban allí, y no las ha adivinado el autor, eran recuerdos de otras lecturas que con su poder sin igual tenía Stevenson para resucitar y construir con ideas propias, reminiscencias ajenas.

No es una casualidad en Stevenson la producción de esta bellísima obra tan arraigada al suelo español, que él no pisó nunca. Es una verdad vista tan de lejos que él mismo duda de ella (carta a Mrs. Taylor). No es este el momento de discurrir aquí sobre las inflexibles teorías de Freud, relacionandolas con la condición fisiológica de Stevenson. Es más sencillo pensar directamente: Stevenson era un lector formidable y al parecer no tomaba notas dejando que los frutos de sus lecturas maduraran por sí, y los que no cuajaran bien perdidos estaban; no eran dignos de haber sido retenidos. Así procedía también ante la naturaleza, tan enamorado y agradecido a ella. Es la única manera posible para explicar esa relación de presencia en lo ausente, así es como se le ha podido aparecer delante esa figura Olalla, tan legítimamente española, pintada con una sobriedad de cuerpo y alma que a él le gustaba (carta a Mrs. Taylor). "Aquellos que saben mucho no hacen sino arañar en el conocimiento; aprisionan las leyes, conciben la dignidad del destino . . . el honor de la vida se desvanece de su memoria. Somos nosotros quienes frente al dolor recordamos y aun creo que estamos prevenidos y compadecidos." Estas hermosas palabras que no hubiera desdeñado la santa de Ávila son legitimamente españoles y extrañas en la pluma de Stevenson. "V. conoce los pasos de mi vida, suya es. . . . ¿Pero es qué es mía?" (Aquí esta pregunta puede convertirse en otro sentido según lo que viene: "mi cuerpo como mi alma, no son míos, son restos de los otros, yo soy un trozo del pasado, decaído, que no tiene a su pesar la pureza de su voluntad.") "Hablamos del alma, pero el alma está en la raza. Piense en mí alguna vez a quien la lección de la vida le fué enseñada duramente pero que la oyó con valor." . . . "El padre me ha dicho que V. no es cristiano, pero eleve por un momento conmigo sus ojos y contemple al Señor de los Dolores. Todos somos como El fué (No puede ser más típico este sentido igualitario, religioso español; *v.* el artículo sobre Zuloaga.*), herederos del pecado; debemos todos tener y copiar un pasado que no nos pertenece . . . como El debemos sufrir un poco hasta que venga la mañana trayéndonos la paz."

Quien se halle familiarizado con la obra total de Stevenson, no obstante su variedad, se sorprendería extraordinariamente de esta historia tan distinta de todas y de su manera de considerar la vida. Es algo extraordinario en su pluma que no ha decaído un momento, ha huído gallardamente las facilidades del color local y dejando su

* *Mod. Lang. Bulletin*, Vol. IV, pp. 1-6.

modo de ser ha entrado en el alma de un pueblo que no conocía.

Opiniones de la crítica.—Más atrás hemos dicho, al hablar en conjunto de la obra de Stevenson cómo "Olalla" era una excepción y en sus breves páginas había creado un carácter y lo que es más extraño un carácter femenino, que aun reales en las obras de Stevenson, están con el vigor del momento, viviendo nutridas de la escena en que aparecen, pero una vez ausentes las olvidamos, les falta aquella naturaleza desarrollada que pierden quizá en la ideación de la fábula. Esa acción continua en donde lo maravilloso, o lo inesperado, tiene un buen puesto oscurece siempre las figuras secundarias, robándolas aquella vida espiritual que las puede hacer imperecederas. Por tanto, aunque diversificada la personalidad de Stevenson está firme, conocida y sustancial en sus novelas y cuentos. Es natural que todas ellas ocultaran con su carácter a una hermana menor.

Por otra parte el ambiente tan español era totalmente extraño al idioma inglés. Inglaterra en el espíritu de los Estados Unidos representa la herencia del idioma y la colonización. California, a pesar de su carácter exótico, era del dominio inglés por los inumerables cuentos de Bret Hart. *An Inland Voyage, Travels with a Donkey,* etc., eran narraciones amenas con el humor y el vigor del estilo, etc. Lo de un problema psicológico en un país tan complicado espiritualmente como España era difícil entrar en él.

Además Olalla tiene poca amenidad, es indudable el esquema de una gran obra y así todo en ella es macizo, vigoroso, con un estilo que es un dechado y que invita a pensar. Stevenson se ha colocado fuera de su horizonte—estamos hablando de su obra novelesca. De ahí, pues, ha pasado inadvertida para la mayoría. Nunca hemos visto nada acerca de "Olalla" en los grandes ediciones del autor. Aun Mrs. Stevenson, tan cuidadosa en sus notas personales acerca de la producción de su marido, no dice nada tampoco. Él mismo nos cuenta en "Chapter on Dreams" cómo esta mujer fué soñada, pero nada más. Es muy interesante ver como él duda de la veracidad del tipo. (Carta a Mrs. Taylor.) ¿Qué indica ello? La visión subconsciente del artista que produce bellezas incalculadas y después la momentánea identificación con una verdad que le ha sido dicha, o ha leído, y que él ha olvidado y que un fenómeno psicológico frecuente trae a su mente en el momento propicio y crea sin saberlo él, de ahí su duda, su inseguridad. El caso bien común entre grandes artistas insaciables es una curiosidad espiritual, beber en todas las

fuentes y nutrirse, sin saberlo, de ellas. Así, pues, no es de extrañar que los críticos anden tan divididos en cosa que parece natural. En primer lugar un juicio del país en que apoyar el propio, después ese renunciamiento de Olalla suena a inverosímil, hay que conocer el concebir español para comprender que en ese sacrificio experimiente un deleite: el negarse en la vida para lograr una afirmación más alta y positiva. Es el resultado de la comunión de la ética cristiana con una raza de un gran sentido religioso, posada en un suelo, en el que obrando la historia y la naturaleza de común acuerdo, al parecer, han engendrado ese tipo tan característico. Todos esos factores (¿quién puede dudarlo?) cooperaron y siguen cooperando a ese carácter nuestro, mal comprendido, por lo diversa que es la península; diversidad, sin embargo, que caracteriza, aúnque dificulta la apreciacion y no llega a borrar la personalidad distintiva. Pero Stevenson no sabía esto, ni lo saben los que se han ocupado en uno o otro sentido de "Olalla," pero lo real, lo que se ve, es que la comunión de que hablamos de medio geográfico con el alma, que hacen una rima en España, está dado en esta novela poderosamente, está visto con un vigor que sólo al genio le es dado afianzar esas verdades, más milagroso ahora, en sus cuarenta páginas, y desde un país tan distinto del nuestro. No le ha incitado a Stevenson nada de lo que es moneda corriente en el mundo acerca de España, románticas y falsas descripciones de la tierra y de la gente. Es natural que las apreciaciones sean distintas.